

yor teatro que el de una capital de provincia, podrán dar gloria á V. y lustre á la musa española de nuestros tiempos.

»Deseoso, pues, de contribuir á la realización de esta idea; amante de los jóvenes en quienes la modestia reside hermanada con el talento, y sabedor de que V., más rico en ingenio y en virtudes que en bienes de fortuna, desea ensanchar en Madrid el círculo de sus conocimientos y procurarse una subsistencia decorosa, tengo el gusto de ofrecer á V. mi amistad, animándole á que venga desde luego á esta corte, donde cuidaré de que encuentre V. ocupación compatible con sus estudios y aficiones.

»Con este motivo, saluda á V. afectísimo seguro servidor y amigo Q. S. M. B.—El CONDE DE SAN LUÍS.»

Pintar la impresión que debió causar en el alma de nuestro poeta la carta que acabo de transcribir, fuera empeño superior á mis alcances. Sin embargo, en mi humilde concepto, documento tan precioso debió ser para

él como la luz para el que ha permanecido ciego por largos años; como la fuente para el que espira de sed y sólo puede recibir del agua la salvación y la vida.

Selgas, que sufría las privaciones inherentes á una posición oscura, subalterna, indigna de su talento y sus virtudes, pero en la cual se hallaba resignado á sufrir las injusticias de la suerte, se encuentra un día sorprendido (por causas que nunca hubiera imaginado su modestia) con la protección de un ministro joven, de talento, cuya importancia se acrecienta á medida que su reputación se acrisola, y que tiene la delicadeza, peregrina por lo rara, de no brindarle con el favor de un Mecenaz, sino con el afecto de un amigo.

Circunstancia semejante significaba para él tanto como pasar desde el caos del olvido al mundo de la esperanza y de la gloria. Así es que á los tres días de recibida dicha carta pisó por primera vez el suelo de la coronada villa, y tuvo la honra de saludar á su ilustre favorecedor, en frases entrecortadas, de las

que apenas se atreve á articular , porque todo le parece frío , un corazón donde rebosa el verdadero agradecimiento. Poco después, Selgas recibió el nombramiento de auxiliar del ministerio de la Gobernación con 12,000 reales de sueldo, y el Sr. Conde de San Luís la satisfacción imponderable que nos resulta de obrar bien y de hacer algo en pro de quien lo merece.

Acaso no faltarán personas que al leer las presentes líneas me tachen de lisonjero, cuando no cubran mis palabras con el sambenito de aduladoras. No me causará sorpresa; porque ¿de qué no es capaz la maledicencia humana? ¿Ni cómo dejará de escupir veneno sobre el manto de la justicia fecunda la envidia que se reconoce estéril? Maldigan , pues, en buen hora , maldigan de la veracidad de este escrito los que , sintiéndose incapaces de generosidad, desearan que no existieran en el mundo corazones generosos. Maldigan los que , amamantados en la escuela de la ingratitud y de la envidia , sólo quisieran encontrar envidiosos é ingratos sobre la tierra.

Hay acciones en las cuales jamás dejan de estrellarse los tiros de los maldicientes, y á este número corresponde el honrar y favorecer al mérito , el proclamar en voz alta, despreciando las miserias de los que besan los grillos de sus mezquinas pasiones, que no es posible representar en la escena del mundo un papel más digno que el de servir de providencia á la virtud ignorada, al ingenio modesto y desatendido.

En cuanto á mí, nunca me juzgo más dichoso ni más honrado que cuando puedo enaltecer justamente, como me sucede ahora, nobles y generosas acciones. ¡Son tan pocas las que de esta especie se realizan en el mundo! Además, en la presente ocasión, tratándose, como se trata, del Sr. Conde de San Luís , el hacer justicia es para mí doblemente lisonjero. ¡Es tan grato poder ensalzar dignamente á las personas que nos han favorecido! ¡Es tan dulce y despierta en el corazón tanto entusiasmo encontrar nobles y grandes á aquellos con los cuales hemos contraído deudas de agradecimiento! ¿Ni

qué satisfacción hay más pura que la de confesarse agradecido?

Quédese para las almas ruínas considerar como carga pesada la gratitud, que yo, no solamente me ufano en dejar consignada en este sitio la mucha de que soy deudor al señor Conde de San Luís, mas tengo por honor el proclamar, sin temor de que nadie pueda desmentirme, que en la presente ocasión el sentimiento de la justicia es únicamente el que ha guiado mi pluma. Por dicha, hasta los mismos enemigos del Sr. Conde se han visto precisados á celebrar el acto generoso de que se trata, y la prensa ha estado unánime en prodigarle los elogios que merece. Ministros tan valedores de las letras y de las artes como lo es el Sr. Conde de San Luís; ministros que tan gran interés ponen en el desarrollo de la civilización y la cultura, y que tan dados son á reformar útilmente cuanto se encomienda á su custodia, no pueden menos de honrar el país en que gobiernan.

La protección dispensada al joven Selgas es un acontecimiento verdaderamente plau-

sible para los hombres de saber y de talento, y sobre todo para la juventud estudiosa, que siempre suele ser la más necesitada de auxilio. Es el primer eslabón de una cadena gloriosa en alto grado para su artífice. El Sr. Conde de San Luís jamás abandonará un sendero en el que pueden coronar sus sienes flores de inextinguible perfume. Dígalo si no *El Tulipán*, tan bello como elegante, colocado á la cabeza de estas poesías.

Tal es la historia de la aparición de Selgas en el mundo literario; tal la de la publicación del presente libro.

Ahora bien: ¿es éste digno de las alabanzas que se le tributan? ¿El mérito de *La Primavera* es tal como dicen los que han leído dicha colección de composiciones poéticas? ¿Por qué unas sencillas poesías de flores han despertado la atención de personas entre las que se cuentan algunas que son maestras en el arte, y muchas para las cuales lo bello es familiar, sea cualquiera la forma de que se revista? Voy á procurar demostrarlo.

Toda creación del ingenio humano tiene

dos clases de mérito : uno que podemos denominar relativo; otro al que corresponde de justicia la calificación de absoluto. Aquél es el que resulta de la importancia de una obra como expresión de un estado social dado, esto es, de la relación que existe entre la producción del ingenio y la civilización particular de que ha provenido, y que ha sido parte á modificarla en sus accidentes ó en su esencia. Éste, el que no se halla sujeto al influjo de las circunstancias, porque es hijo de cualidades inmutables, y desentendiéndose de las exigencias de actualidad, se dirige al corazón y al entendimiento humano, en vez de concretarse á hablar un lenguaje que sólo puedan apreciar bien los hombres de ciertas y determinadas épocas.

El primero es el único mérito que posee la mayor parte de lo que hoy se escribe entre nosotros. De aquí los aplausos que han coronado y coronan ciertas producciones, buenas relativamente, porque satisfacen las exigencias del vulgo de nuestros días; pero malas en abstracto, porque su belleza, si al-

guna tienen, es, como ya he dicho, relativa, y, por lo tanto, efímera y transitoria. Para esta clase de obras nunca falta un público de admiradores. La multitud aplaude siempre lo que está á su alcance, y la belleza elevada no puede estar jamás al alcance de la multitud.

Merced á esta deplorable circunstancia; gracias al primitivo ejemplo difundido en el campo de la inspiración poética por hombres de gran valía, cuya anárquica ignorancia ha acreditado, como fecundas, semillas de destrucción y de muerte, el mal gusto se ha entronizado en la arena literaria de nuestra patria, y auxiliado de un superficialismo punible, ha mecido cariñosamente en su regazo á los más oscuros copleros, dándoles en galardón de sus delirios, con la fama pasajera de un día, el usurpado título de poetas; título que se aplican modestamente en Madrid casi todos los que hacen versos, y que es para muchos de los que viven á costa de la poesía, como una corona de virgen colocada en la frente de una prostituta.

En este lastimoso estado ; cuando tales son los elementos que imperan en los dominios de la poesía española de nuestros tiempos ; cuando el mérito relativo, es decir, el prosaísmo, la palabrería, la vaciedad, aspira á destronar al mérito absoluto, sin conocer que su triunfo no logrará nunca ser sino momentáneo y aparente, no puede menos de halagar á los que tienen fe en la soberanía de lo bello, á los que gozan, admirándolo en las manifestaciones del arte, ver que en tan cenagoso pantano se encuentran algunas perlas ; pues tanto será mayor el mérito que las avalore, cuanto más hayan necesitado encerrarse en el seno de su concha para adquirir los cambiantes luminosos que las embellecen.

Selgas pertenece al número de excepciones tan felices. Es una olorosa violeta, nacida en pradales de amapolas y jaramagos. No le pidáis fastuosas apariencias ; no le pidáis la púrpura inútil de aquéllas ni el jalde envidioso de éstos. Pedidle un color que agrade y que no deslumbre ; una fragancia que

perfume el alma con su pureza, sin que la muerte la extinga, y veréis cómo su morado aspecto llena vuestro corazón de apacible melancolía, cómo la delicadeza de su aroma os baña en delicias cuya candidez es la candidez del cielo.

Entre el fárrago de una poesía charlatana y prosáicamente ampulosa ; en medio del torbellino de versos, verdugos del idioma y de la belleza, que invade los periódicos y el teatro, Selgas ha sabido, en el rincón de su provincia, libertarse del contagio. Sin buscar lo maravilloso ni dar en lo extravagante, como algunos de los ingenios á quien en la actualidad favorece más el público, ha encontrado en su alma inspiraciones de una originalidad encantadora, y ha tenido el buen gusto de expresarlas con sencillez y en breves términos. Así vemos que ha sabido combinar diestramente la gracia y ligereza de la forma con la ternura y profundidad del fondo, y que cada una de sus composiciones es un pequeño poema, del cual se puede, en último resultado, sacar no poca enseñanza.

El carácter que distingue esta colección de preciosas flores del vulgo de las llamadas poesías que diariamente se escriben entre nosotros, es el que resulta de haber sabido el poeta enlazar la idea metafísica á la religiosa y á la humana, buscando para hacerlas perceptibles bajo la forma simbólica, las analogías que existen entre las pasiones del corazón y el carácter emblemático de las flores y de las plantas.

Para él la naturaleza, que aparece muda á la vista de los demás hombres, tiene una elocuencia irresistible, cuyo primero y más principal destino es cantar las glorias del Creador. Sobre tan sólidos fundamentos, Selgas debía edificar, y ha edificado, alcázares permanentes. Sus poesías reúnen, pues, en abstracto, dos cualidades simportantísimas, pero muy difíciles de concertar: el espiritualismo, la vaguedad, la melancólica ternura de las poesías del Norte; la gallardía, la frescura, la riqueza, la pompa de las poesías meridionales. Esta dualidad de caracteres que constituye un conjunto verdaderamente seductor,

es el que sublima las inspiraciones de nuestro novel ingenio y las coloca en esfera especial, al lado de las mejores que la musa española ha producido en estos últimos años.

Sin necesidad de lo que diga el poeta; sin que sea preciso consignarlo en este lugar, comprenderá el lector, no bien lea algunas de las poesías que me ocupan, que se han engendrado en un alma acostumbrada á los rigores de la adversidad y la desdicha, pues sólo un hombre desgraciado puede en climas meridionales expresar bien ciertos sentimientos del corazón, y depositar en el fruto de sus inspiraciones la delicada ternura que tanto nos interesa en las flores de esta preciosa guirnalda.

Ya he dicho que para el autor son elocuentes los objetos que para los demás son mudos. Y, con efecto, á sus ojos los árboles, las flores, las fuentes, los arroyos, todo, en fin, se halla animado de un espíritu, todo se personifica y se ostenta con los atributos propios del hombre, es decir, con sus virtudes, sus vicios, sus pasiones y sus dolores.

Estas personificaciones están muy lejos de asemejarse á las del politeísmo griego, y son enteramente distintas de las que se encuentran á cada paso en las fábulas indostánicas. Para igualar á aquellas sería necesario que el laurel se convirtiese en Dafne; esto es, que la planta, la flor, el arroyo, el árbol, tomasen la forma humana; y, sin embargo, en las poesías de Selgas la naturaleza conserva todas las condiciones que le son propias, y la personificación es puramente espiritual, si así se me permite decirlo. Para anular el carácter de las leyendas del Ganges sería preciso que el objeto personificado como parte de la misma divinidad, como fragmento del gran todo que la constituye, perdiese mucha de la importancia humana que ha dado á sus alegorías nuestro poeta, y éste ha tenido el buen gusto (en lo que estriba á mis ojos la mejor parte de su gloria) de escribir un libro verdaderamente humano, nutrido en la savia fecundadora y sublime de la moral evangélica.

Las flores de Selgas son de un mérito in-

apreciable; pues, no sólo nos encantan sus colores, no sólo nos embriagan sus perfumes, sino que la miel depositada en su seno puede servir para endulzar las amarguras de nuestra vida; para fortalecer nuestra alma; para extinguir en ella el resabio de plantas cuyo jugo, deleitable en la apariencia, es en realidad ponzoñoso. En ellas encontramos, pues, unidas á la delicadeza, á la ternura de una mujer (cualidad rarísima en todos tiempos entre los poetas líricos españoles), la virginal candidez de un niño, y la grave y severa profundidad de un filósofo cristiano.

Con semejantes cualidades, ilustrada con tan no vulgares dotes, *La Primavera* de Selgas no podía menos de llamar la atención de las personas de gusto. Un libro que, sin carecer de descuidos ni de defectos, contiene tantas bellezas; un libro que por su originalidad, por su índole, por su objeto, se aleja tanto y tan felizmente del sendero que sigue la mayor parte de los ingenios de la corte; un libro que al mérito absoluto que lo realza reúne también el mérito relativo, esto es,

una forma cuya belleza no pueden rechazar aquellos que se alimentan de más groseros manjares, merece la pena de que se celebren sus buenas partes, no solamente en nuestros días, sino en cualesquiera otros menos aciagos para las letras. Si á esta consideración se añade la de que dicho libro es el primero que sale á pública luz de un joven hasta ahora desconocido, inútil será añadir que el entusiasmo excitado por su lectura en las personas de que se ha hecho mérito, es legítimo en alto grado.

Ni malgastaré el tiempo en buscar una calificación determinada para distinguir la familia poética á que pertenecen las flores del vate murciano. ¿Será mayor ó menor su mérito porque las apellidemos con este ó con aquel nombre? ¿Perderán algún átomo de su importancia si no nos atrevemos á decir terminantemente que son epigramas ó letrillas, madrigales ó baladas, apólogos ó canciones? Basta con que sepamos que son buenas, y no vacilo en decir que lo son, porque en ellas suelen encontrarse los más bellos

pensamientos, expresados en la más bella, en la más adecuada de las formas.

Sin embargo, en la mayor parte de tales flores encontramos algo del apólogo y del idilio; del lied nacido en los bosques de la Germania y de los cánticos populares del Norte, sin contar cierto aire de semejanza, más ó menos indicado, con las parábolas bíblicas. Y á pesar de estas diversas analogías parciales, las flores de Selgas son exclusivamente suyas, y tienen una individualidad tan determinadamente propia, que no se pueden confundir con ningunas de las composiciones dirigidas al mismo objeto, entre aquellas que ilustran nuestro Parnaso. Sólo ha salido á luz un libro en el que se encuentran algunas inspiraciones análogas á las de Selgas, bajo la forma de apólogos: las fábulas de Hartzenbusch, cuyo mérito es indecible, y que apenas han ocupado un momento la atención del público y de la prensa, quizá por esta misma circunstancia.

Réstame, para poner fin á este molesto proemio, llamar en apoyo de mis palabras

algunos ejemplos tomados al azar en las poesías que nos ocupan. Así no padecerán duda mis razones, y se comprenderá mejor la índole del poeta al escuchar los acentos nacidos de lo profundo de su alma. Por lo demás, estas citas darán á conocer también las prendas más notables de su estilo, y los lunares que suelen afean á veces cuadros de tanta espontaneidad y tan bien sentidos é imaginados :

El poeta empieza por exclamar con el acento de un alma buena:

« ¡ Quién pudiera trocar todos sus años
Por unas breves horas de inocencia ! »

Y después de decir en unos tercetos que no desdeñaría Rioja :

« La bulliciosa juventud convida
Á festines de amor, y nos ofrece
La copa del placer apetecida.
» El alma se dilata y se estremece;
Palpa la realidad, rásgase el velo...
Y toda la ilusión desaparece.
» Entonces llega el matador recelo;
Entonces llega la inquietud sombría,
Y llegan el dolor y el desconsuelo.
.....

» El amor engañado se replega;
Crece la flor de los recuerdos triste,
Porque con tristes lágrimas se riega;»

después de decir que los recuerdos son un

« Fanal que guarda deliciosas flores, »

prorumpen en este sentido apóstrofe, cuyo objeto es el norte fijo y constante de todas sus inspiraciones:

« Virtud, dame tu fe, dame tu aliento;
Olvida mis pasados desvarios;
Brille en mi corazón tu sentimiento;
Brille en mi vida y en los versos míos. »

Si le inquietan ensueños de gloria, la personifica bajo el nombre de *Laura*, y nos dice que su hermosura es *pálida*; pero que su palidez es *la de la azucena*. Sus ojos la ven en todas partes

« En los misterios de la noche oscura
La escucho suspirar; cual sombra vana
Por el bosque sombrío
Me la finge la luz de la mañana,
.....
Si á mis inquietos ojos comparece,
Su blanca mano me señala el cielo
Y rápida otra vez desaparece. »

Si celebra la vuelta de *La Primavera*, exclama :

« Naturaleza toda se levanta
Fecunda en flores, de perfumes llena
Y respirando amor. »

Si quiere pintar la *inocencia*, la personifica en un cristalino arroyo, y le dice :

« El aura de quien eres
Amado y bendecido,
Te besa, y al besarte
Se lleva tus suspiros.
Las aves en tus ondas
Dan á sus plumas brillo;
Solicitas las beben
Para endulzar sus trinos. »

Si aspira á revelarnos los *Misterios de una Pasionaria*, la pinta reclinada entre los brazos de un sauce, arrullada por las auras y acariciada de los céfiros, y nos dice que

«...De la flor misteriosa
Las verdes hojas lozanas
Ciñen el cáliz oculto,
Y pudorosas lo abrazan;
Dejando entrever suave,
Ligeramente rizada,
Del botón maravilloso
La recogida guirnalda. »

Entonces nos pinta como la más gentil mariposa del valle, la que de más vistosos colores se posa en la flor :

«Y sigue la mariposa
Prendida á la pasionaria,
Como el amor á la vida
Y como al amor el alma.
.....
Muévase y tiembla la flor;
Y, más que la espuma blanca,
Se eleva la mariposa,
El sauce pomposo salva,
Y de sus vanos colores
Y su afán purificada,
Piérdese en los altos cielos
Donde la vista no alcanza. »

¿Cabe nada más delicado y más bello que esta apoteosis del dolor, en la que vemos que los sufrimientos purifican el alma de las brillantes miserias de la vida, para conducirla insensiblemente al cielo?

¿Y qué interesante cuadro no ofrece el soneto titulado *El Sauce y el Ciprés*, en el que un pensamiento el más consolador y fecundo aparece ataviado con las galas de la más selecta poesía? La debilidad humana se rebela contra los padecimientos, envidia una

felicidad que no existe en la tierra, y que juzga, no obstante, ver á su lado, y se mustia y languidece suspirando por alargar una vida coronada de tristeza. Entonces el símbolo de la aspiración y de la plegaria, el ciprés, cuyas ramas huyen de la tierra para acercarse al cielo, exclama, como si hubiese aprendido en el cielo mismo palabras tan consoladoras: —¡Dichosos los que lloran en este mundo, porque el dolor es el crisol en que se depura el hombre!

Sería interminable mi tarea si hubiese de indicar siquiera la multitud de pensamientos tiernos, profundos, ingenuos ó delicados que abundan en este libro; si hubiese de determinar los rasgos brillantes, las descripciones felices, la singular belleza, en fin, que resulta en todas y en cada una de las flores de tan hermoso ramillete. Creo, pues, que con lo dicho basta para conocer que no es la pasión, sino la justicia, la que ha guiado mi pluma; pero si no se persuadiesen de esta verdad, por los ejemplos citados, algunos de los lectores, lean las poesías tituladas *La Mo-*

destia, El Laurel, La Alondra, El Céfitro y una flor, Lo que son las mariposas, Las dos Camelias, La Dalia, y otras cuya enumeración fuera prolija, y en ellas encontrarán la mejor respuesta que puede darse á sus dudas.

¿Deberemos detenernos ahora á decir que es lástima encontrar algunos lunares entre tantas perfecciones, y que la repetición ó mala colocación de algún epíteto, la poca propiedad de algún verbo ó lo poco selecto de algún giro son faltas que el autor ha podido evitar á poca costa y que no han debido aparecer en un libro cuya corrección y elegancia son generalmente tan notables? De ningún modo, porque tal vez el autor hubiera anulado previamente tal censura, si hubiese hecho por sí mismo la edición de sus poesías.

La Primavera de Selgas es un nuevo testimonio de la feliz reacción hacia los buenos principios literarios que se va verificando en silencio, desde algún tiempo á esta parte, merced á los esfuerzos constantes y generosos de algunos hombres de mérito. Trabaje-

mos, pues, sin descanso para que las letras,
y sobre todo la poesía, salgan del estado de
postración en que hoy se hallan, y no ol-
videmos la sentencia de Tito Livio, según
la cual siempre vence quien virtuosamente
porfía :

Perlinax virtus omnia vincit.

MANUEL CAÑETE.

Junio de 1850



AL EXCMO. SEÑOR

D. LUÍS JOSÉ SARTORIUS

CONDE DE SAN LUÍS, VIZCONDE DE PRIEGO,
MINISTRO DE LA GOBERNACIÓN DEL REINO, ETC., ETC.,
CUANDO EN EL MODESTO POETA SELGAS
TENDIÓ UNA MANO PROTECTORA AL VERDADERO MÉRITO.

APÓLOGO

Al fin de lluvioso invierno,
De entre sombrío zarzal,
En árida roca y triste,
Nace rojo tulipán.

Orgullosa en su corola
Ostenta, del oro á par,
De purísimo rocío
Una gota virginal.
Al blando halago del aura
Parece que á ceder va ;